

y despues de luchas interiores, consintió María Teresa en aceptar las disposiciones relativas á Silesia, á Italia y á la línea de fortalezas de los Países Bajos. El tratado entre Francia y las potencias marítimas se firmó en 18 de octubre de 1748, adhiriéndose á él España (20 de octubre), Austria (23 de octubre) y posteriormente Génova, Módena y Cerdeña. El Austria cedía, en virtud de aquel tratado, á Don Felipe los Estados de Parma, Plasencia y Guastala, reservándose el derecho de reversion sobre Parma, y pasando el que tenia sobre Plasencia á Cerdeña. El rey de Cerdeña recibió las comarcas Lombardas que habia adquirido en 1743. Las potencias europeas garantizaron de nuevo la Pragmática sancion; Francisco de Lorena fué elegido emperador alemán y el rey de Prusia vió asegurada la posesion de Silesia y de Glatz.

Solo aparentemente volvieron las cosas á su antiguo estado, pues si bien las fronteras continuaron, por regla general, siendo las mismas, se habia sembrado el germen de una política enteramente nueva. La antigua alianza entre Francia y las potencias marítimas que hacia tiempo se iba debilitando, llegó á su decadencia en los tiempos de la paz de Aquisgran. Las relaciones entre Austria é Inglaterra siguieron, en apariencia, francas y corteses, pero María Teresa se habia enemistado con su antigua aliada. Quejábbase con razon de haber sido por ella tratada peor que por sus enemigos. Un hecho de grande importancia ocurrió en aquel mismo tiempo, y fué la intervencion que Rusia comenzó á ejercer activamente en los asuntos de las potencias occidentales. Segun el tratado de 1747, 37,000 rusos debian ponerse en marcha para tomar parte en la campaña del Rhin. El centro, entonces, de la política, era la relacion entre Prusia y Austria. Federico II, con su espada y con su política, habia dado á Prusia una importancia europea: el pueblo le temia, el ejército confiaba incondicionalmente en él y las Cortes de Europa ó le odiaban ó buscaban su apoyo. Era el primer general de su época y el único director de la política de sus Estados. El Austria se habia levantado de la decadencia en que se encontró durante el reinado de Carlos VI: María Teresa habia fortalecido de nuevo el poder interior y exterior del reino; pero la pérdida de Silesia era sensible material y políticamente. La reina no podia olvidar la injusticia y la derrota sufridas por causa de Federico II, y todos sus esfuerzos tendian á conseguir la union, á robustecer y á buscar nuevas alianzas para reconquistar la Silesia. Durante el mejor período de paz, ocurrieron algunas disidencias entre la Prusia y el Austria á causa de la garantía para la Silesia, reconocida por la Dieta en 1751, de la deuda de aquel país y de la eleccion del jóven heredero de la corona de Austria como rey de romanos. Federico II y María Teresa se miraron continuamente con envidia y desconfianza, y los ministros y cortesanos avivaban este incendio en vez de apagarlo.

II.—LA GUERRA DE SIETE AÑOS. (1756-1763.)

Alianza con Francia (1756).—Campaña de 1756: Lowositz.—Coalicion contra Prusia: alianza con Rusia.—Campaña de 1758: Zorndorf y Hochkirch.—Campaña de 1760: Torgau.—Paz de Hubertsburgo (1763).

El período que medió entre 1748 y 1756, marca un cambio brusco en la política interior y exterior del Austria. La forma federativa que hasta entonces habia dominado y que impedia todo gobierno enérgico y activo, convirtiéndose en una unidad administrativa que daba al poder central mayor libertad de accion.

La política exterior estaba caracterizada por las tendencias á romper la tradicional alianza con Inglaterra y Holanda, y á

formarla, en cambio, con la Francia. A esto conducian el cambio experimentado en las respectivas relaciones, los intereses del Austria y los motivos personales nacidos de los caracteres particulares de los soberanos que aconsejaban á unos la paz y á otros la guerra. María Teresa para indemnizarse de la pérdida de Silesia y de Baviera, habia procurado, durante la guerra de sucesion, buscar un aliado. Tambien la Francia habia intentado, en 1743, en 1744 y especialmente en 1747 por la mediacion de Sajonia, llegar á un acuerdo con Austria. Su hacienda se encontraba en estado deplorable y la guerra no tenia objeto para aquella nacion, que solo contaba como aliados á los dos Borbones, el de Madrid y el de Nápoles. En el congreso de Aquisgran, Kaunitz renovó las anteriores tentativas, con el fin de poder hacer fácilmente presion á Inglaterra. Ya entonces circularon rumores de una alianza austro-francesa y de un plan de ataque contra Federico II; pero María Teresa no pensaba todavía en una guerra contra Prusia, y solo procuraba encontrar, además de Rusia que se habia aliado al Austria, otro aliado que pudiera auxiliarla á todo evento. Ya en 1748 pidió María Teresa á sus ministros que le dieran su parecer sobre el sistema político que debia adoptar el Austria: Königsegg, Ulefeld, Colloredo, Khevenhüller y Kaunitz manifestaron que la Rusia y las potencias marítimas eran los aliados naturales del Austria, que Francia, Turquía y Prusia eran sus enemigos, pero que convenia enemistar á los franceses con el rey prusiano, y robustecer ante todo la fuerza militar y económica del Estado austriaco. La emperatriz adoptó la opinion de la mayoría (20 de abril de 1749). Ulefeld y Bartenstein aconsejaron además una conciliacion con Francia, á consecuencia de lo cual el conde Kaunitz, á quien se confiaba con preferencia María Teresa en los asuntos de alta política, fué enviado en 1750 como embajador á Paris, donde permaneció tres años sin que lograra llegar, ni aun paulatinamente, á un acuerdo político. A su regreso, dió pruebas de gran experiencia, manifestando á María Teresa la conveniencia, para la futura política del Austria, de buscar la alianza de Francia. No habia que pensar en romper con Inglaterra, por mas que María Teresa sintiese, desde 1742, hacia aquella nacion un odio secreto y fundado, ya que la intervencion inglesa siempre habia sido desfavorable al Austria, y ya que Inglaterra habia desperdiciado todas las ocasiones que se le habian presentado para castigar á los enemigos de la reina. Despues de la paz de Aquisgran, Inglaterra habia querido prestar aun algunos servicios á la emperatriz: en efecto el rey habia aceptado en 1750, en nombre de Hanover, la alianza austro-rusa y prometido apoyar la eleccion del jóven príncipe José para rey de romanos, lo cual no pudo conseguirse por entonces porque á la sazón el príncipe solo tenia nueve años. La causa principal que inducia al Austria á sostener las relaciones con las potencias marítimas era el tratado llamado de las Barreras que obligaba al soberano de los Países Bajos á tolerar y á pagar, en parte, las tropas holandesas que ocupaban las fortalezas fronterizas. María Teresa queria relevar á aquella hermosa comarca de una carga que, desde 1701, habia costado mas de treinta y tres millones y habia arruinado al comercio de Bélgica, y deseaba, por lo menos, obtener para Bélgica una tarifa aduanera tan favorable como la de Inglaterra y Holanda. La emperatriz consideraba que este era un derecho natural de la corona y del pueblo. Pero aquí se presentaba el punto difícil de los intereses anglo-holandeses. Las potencias marítimas supieron inutilizar todos los pasos que para aquel objeto se dieron, de suerte que ni María Teresa, ni sus sucesores consiguieron librar á Bélgica de las Barreras ni de la proteccion mercantil de los holandeses. En 1755 intentaron todavía Inglaterra y Austria reanudar la antigua amistad para

no verse envueltas en una guerra general; pero en las negociaciones se dejaron ver tal diferencia y tal tenacidad de pareceres que fué inevitable un rompimiento. Ni la separacion de Inglaterra, ni la alianza con Francia se verificaron tan precipitadamente como por lo comun se cree (1); pues trascurrieron algunos años, entre dudas y vacilaciones, hasta que María Teresa encontró el hombre que verdaderamente le convenia para sus planes.

El conde Kaunitz, canceller del Estado y de la corte desde 1753, hizo suyo el axioma de Federico II, de que era preciso buscar á los amigos allí donde se encontrasen.

El pensamiento de una alianza con Francia no habia nacido de él, por mas que la corte de Viena lo acariciase, pero él fué quien arregló las negociaciones y quien la llevó á cabo con un talento y una paciencia dignos de todo elogio. El conde Jorge de Starhemberg, embajador desde 1753 en Paris, encontró un país reacio á las miras de su gobierno, de suerte que en 1754 consideraba imposible la buena inteligencia y mucho mas la amistad con Francia. El nuevo tratado de comercio de 1754 y la agitacion general que se produjo por la cuestion de la eleccion de José fueron buenas pruebas de que la Francia era todavía fiel á la alianza con Prusia. En 1755, al estallar la guerra entre Inglaterra y Francia, temíase aun en Viena que los franceses invadieran la Bélgica. Cuando Inglaterra exigió del gobierno austriaco que enviara un ejército auxiliar de 30,000 hombres, los sucesos se desarrollaron por sí mismos: Viena esperaba ponerse de acuerdo con Prusia, tanto mas cuanto que Holanda, en vez de aumentar el número de sus tropas en Bélgica, habia ordenado que se retiraran. El Consejo de ministros austriaco decidió, en 16 de agosto de 1755, abstenerse de toda hostilidad, aunque los franceses invadieran la Bélgica; pero una segunda conferencia celebrada en 19 y 20 de agosto declaró que habia llegado el momento de humillar á Federico II. Si el Austria armaba 100,000 hombres, si Rusia, conforme al tratado de 1746, aprestaba 80,000, si Suecia, Sajonia, el Palatinado y quizás el Hanover entraban en la alianza, se podria poner, en la primavera de 1756, enfrente del ejército del rey de Prusia, otro de 250,000 hombres. Al propio tiempo se acordó hacer los esfuerzos posibles para destruir la alianza de Francia con Prusia. María Teresa estaba decidida á declarar la guerra á esta nacion, pero no deseaba todavía la participacion oficial de Francia en la contienda, sino que el gobierno francés se mantuviera apartado de la lucha cuando el Austria, la Rusia y algunas potencias alemanas combatieran al rey Federico. El conde de Starhemberg recibió pues en 24 de agosto de 1755, instrucciones con este objeto, y negoció con el rey francés por mediacion de la marquesa de Pompadour y de su favorito el abate Bernis. La primera contestacion que obtuvo equivalia á una negativa, pues Francia contaba con que Federico II la auxiliaria militarmente en su lucha contra Inglaterra y exigia del Austria un tratado de neutralidad. Kaunitz suspendió las negociaciones y aconsejó á la emperatriz que no contrajera ninguna alianza ni tomara parte en guerra alguna que no se encaminasen directamente contra Prusia. El emperador Francisco I manifestó la idea de consentir que un ejército francés penetrara en Alemania y atacara las comarcas hanoverianas, y costó á Kaunitz gran trabajo convencerle de que no podia hacerse semejante cosa. Las negociaciones estuvieron pues paralizadas durante todo el invierno. Federico II estaba preparado á todo, y escribia

(1) A. Beer: *Memorias de Kaunitz* (Archivos para la historia de Austria, tomo 48). Notas del conde Bentinck sobre María Teresa (1871). *La política austriaca desde 1755 á 1756* Revista histórica. 1872. 27. Arneht: *María Teresa*, IV, V.—Onken, *Epoca de Federico el Grande* II, 31.

ya en 1742 (2): «Todo lo que puede sernos funesto en lo porvenir, es una alianza entre Francia y la reina de Hungría, pero en este caso tendremos en nuestro favor á Inglaterra, Rusia y otras potencias.» Rusia y las otras potencias no estaban con Federico, pero éste se separó de Francia y en 16 de enero de 1756 firmó con Inglaterra el tratado de Westminster. Cuando esta noticia llegó á Paris, Starhemberg, Bernis y la Pompadour, que estaban poco menos que eclipsados, recobraron su libertad de accion, y ya en 16 de febrero pudo declarar Bernis que el rey de Francia queria aliarse con el Austria «para conservar la tranquilidad de Europa, la santidad de la religion católica y el interés de ambos monarcas,» mediante una completa reciprocidad, es decir, luchando Francia contra Prusia y Austria á su vez contra Inglaterra. Los adversarios que tenia el Austria en el ministerio francés se declararon entonces en su favor, y en 20 de abril de 1756 se firmaron en Versalles los célebres tratados que encadenaban la historia de Francia y la de Austria. Por el primero de ellos, prometia María Teresa permanecer neutral en la lucha entre Francia é Inglaterra y el segundo era un pacto de amistad y proteccion para la seguridad de ambos Estados, prometiendo auxiliarse recíprocamente, en caso de ataque, con un ejército de 24,000 hombres y con una cantidad proporcional de dinero. En un artículo secreto se consignaba que se invitaria á Toscana, España, Nápoles, Parma y otros Estados á entrar en esta alianza, que causó gran contento en Paris y en Viena. La Pompadour, que era entonces la consejera y aun el primer ministro del rey, se alababa de que aquella era obra suya y decia que era «un asunto felizmente realizado (3).» María Teresa declaró repetidas veces que durante su reinado no habia firmado ningun tratado tan beneficioso como el de Versalles, cuya ratificacion se llevó á cabo sin obstáculo alguno, pues el ministerio austriaco lo aprobó unánimemente.

María Teresa mostró los tratados al gabinete ruso, el cual declaró: que en vista de que el poder y la ambicion del rey de Prusia se oponian á los intereses y á la futura seguridad del Estado ruso, este se adheria á los tratados firmados con Francia y prometia, en caso de una guerra, enviar un ejército auxiliar de 80,000 hombres, promesa en cuyo cumplimiento confiaba María Teresa dado el odio personal que abrigaba la emperatriz Isabel contra Federico II. Francia é Inglaterra procedieron con lentitud en la notificacion de los tratados, pero todas las cortes tenian una noticia mas ó menos vaga de ellos. Cuando el embajador inglés Keith manifestó á la emperatriz que el gobierno inglés habia de considerar rotas las relaciones con Austria, contestóle María Teresa: «No he sido yo la que he abandonado el antiguo sistema, sino la Gran Bretaña, que me ha abandonado á mí y ha violado el antiguo estado de cosas, firmando, en 1755, el tratado con Prusia. Entre el rey de Prusia y yo no cabe conciliacion, y ninguna consideracion del mundo me haria entrar en un tratado en que él tomara parte.» El embajador le replicó: «La emperatriz duquesa ¿quiere rebajarse hasta el punto de arrojar en brazos de Francia?», á lo cual repuso María Teresa: «No quiero arrojarme en brazos de Francia, sino estar á su lado: solo dos enemigos debo, en verdad, temer: el rey de Prusia y la Puerta; mientras la emperatriz de Rusia y yo mantengamos buenas relaciones, podré, como espero, demostrar á Europa que sabemos defendernos ambas contra esos temibles enemigos (4).»

(2) Correspondencia política, I, 12.

(3) María Teresa no escribió á la Pompadour, como habia escrito Federico II á la Chateauroux; solo Kaunitz le envió un billete lleno de sumision y de adulaciones. Khevenhüller. «Memorias,» 2. A. 343.

(4) 13 de mayo de 1756: Memorias de Raumer, II, 329-333.

Los tratados de alianza entre Inglaterra y Prusia, y entre Francia y Austria solo tenían, al parecer, un carácter defensivo: en unos y otros se proponían las potencias mantener la paz, pero al querer cada una de ellas cuidar de su propia seguridad, había de resultar necesariamente, como hizo no-

tar Kaunitz, una guerra general, tanto más, cuanto que desde que comenzó la lucha marítima entre Francia é Inglaterra había combustible de sobras para ella. En Prusia y en Austria todo estaba preparado. María Teresa tuvo gran pena cuando supo que algunos húngaros descontentos se habían



El conde de Daun. Copia de un cuadro de Martin van Meytens, 1698-1775

aliado con Prusia y que se habían reclutado en Hungría algunos contingentes armados (1). La alianza con Francia fué publicada oficialmente en Viena en 20 de junio; pero Federico II había sabido algo de las negociaciones por medio de un sajón, secretario de la Cancillería de Dresde, y de un secretario de la legación austriaca en Berlín, á los cuales había comprado. Con actividad sin ejemplo, se aprestó pues para la lucha, mientras enviaba á preguntar á la corte de Viena categóricamente, si debía esperar de ella la paz ó la guerra.

(1) Coer, 18 de enero de 1755: *el re di Prussia da fomentó á malcontenti sudetti* —Arneht, IV, 556, nota.

Austria quería tener dispuesto en Bohemia y Moravia para el año 1756, un ejército de 60,000 hombres, á pesar de que no pensaba comenzar la guerra hasta 1757. En Viena se creía que el rey de Prusia se cansaría de hacer costosos preparativos, que «se consumiría en un fuego lento» ó que daría el primer paso en las hostilidades, en cuyo caso, y conforme á los tratados, se pediría el auxilio de Francia y de Rusia. El rey de Prusia sabía sin embargo, que los preparativos del Austria estaban un tanto atrasados y que durante los meses de otoño nada tenía que temer de Francia ni de Rusia. Resolvió pues atacar á los austriacos, antes de que los rusos pudieran acudir á su auxilio; y así sin declaración oficial, comenzó la

guerra, no en Bohemia y Moravia, como se creía en Viena, sino en Sajonia, cuya posesión le era necesaria y quería conseguir por medio de la lucha.

La guerra de los siete años es la más importante que presencié la Europa desde mediados del siglo XVIII hasta la Revolución francesa. Algunos bosques y las pequeñas islas de la América del Norte le dieron origen y su consecuencia fué una conflagración europea, cuyos gastos y cuyo término nadie podía calcular. Cada una de las potencias intervino en ella con miras particulares: el Austria pensaba en Silesia y Glatz, y, en caso de tener mucha suerte, en la Lusacia ó el Alto Palatinado; Francia en todos ó parte de los Países Bajos; Rusia en la provincia de la Alta Prusia que luego había

de cambiar por la Curlandia; y Sajonia tenía puestos los ojos en la posesión de Magdeburgo. El término de la lucha fué, como siempre, un compromiso general, en virtud del cual los fatigados beligerantes depusieron las armas y se contentaron con la conservación de lo que poseían. Esta guerra europea fué, al propio tiempo, una guerra popular. El espíritu nacional se despertó; la opinión pública comenzó á excitarse; la parte que el pueblo tomaba en la lucha se expresó por medio de canciones y narraciones populares, en las cuales se describían las batallas y los sitios de las ciudades y se ensalzaba ó se desacreditaba á los caudillos.

A fines de agosto de 1756, penetraron en Sajonia tres cuerpos del ejército prusiano, compuestos en total de seten-



Combate de Olmütz, 30 de junio de 1758

ta mil hombres. El rey en persona condujo el cuerpo central á Dresde. Pasando por Torgau, se apoderó de la ciudad, y tomó bajo su protección toda la comarca y además al ejército sajón. El rey Augusto había reunido sus tropas en Pirna, junto al Elba, y no era posible atacarle en tal situación. Por consecuencia, Federico II lo cercó y procuró obligarle á que se rindiera, mientras el resto de su ejército á las órdenes de Keith, emprendía la marcha hacia Bohemia, donde se encontraban dos ejércitos austriacos mandados por Browne y el príncipe Piccolomini, que disponían respectivamente de 32,000 y de 22,000 hombres. El conde Browne, excelente general, recibió la orden de auxiliar al ejército sajón de Pirna, por cuya razón abandonó sus posiciones y acampó en Lowokitz, cerca del Elba. Federico II, entre tanto, volvió atrás deshaciendo el camino andado y atacó en 1.º de octubre á los austriacos. Ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, pero los prusianos conservaron el campo. Browne hizo todavía una tentativa para libertar al contingente sajón, y con 11,000 hombres, retrocedió por la orilla derecha del Elba,

EL AUSTRIA

cerca de Schandau hasta el campamento de los sajones; pero no pudiendo estos efectuar con la debida rapidez el movimiento necesario, su consejo de guerra acordó capitular. Browne tuvo que retroceder, en 14 de octubre, hacia Bohemia y Federico II hizo prisionero al ejército sajón, cuya infantería fué distribuida entre las ciudades prusianas, y la caballería mezclada con la de Prusia. Por aquel mismo tiempo, había penetrado por el condado de Glatz, en Bohemia, un segundo cuerpo de ejército prusiano mandado por Schwerin; pero como Piccolomini se había fortificado en el campamento de Königsgrätz, los prusianos tuvieron que renunciar á sus propósitos, no quedando, en los últimos días de octubre, ningún soldado del rey de Prusia en los territorios austriacos. Browne y Federico II permanecieron, durante el invierno, el primero en Praga y el segundo en Dresde. La campaña no había terminado á satisfacción del rey de Prusia que esperaba poderla concluir rápidamente y que se veía obligado á sostener una larga lucha contra aliados bien preparados. Durante el invierno, trabajó sin cesar en hacer